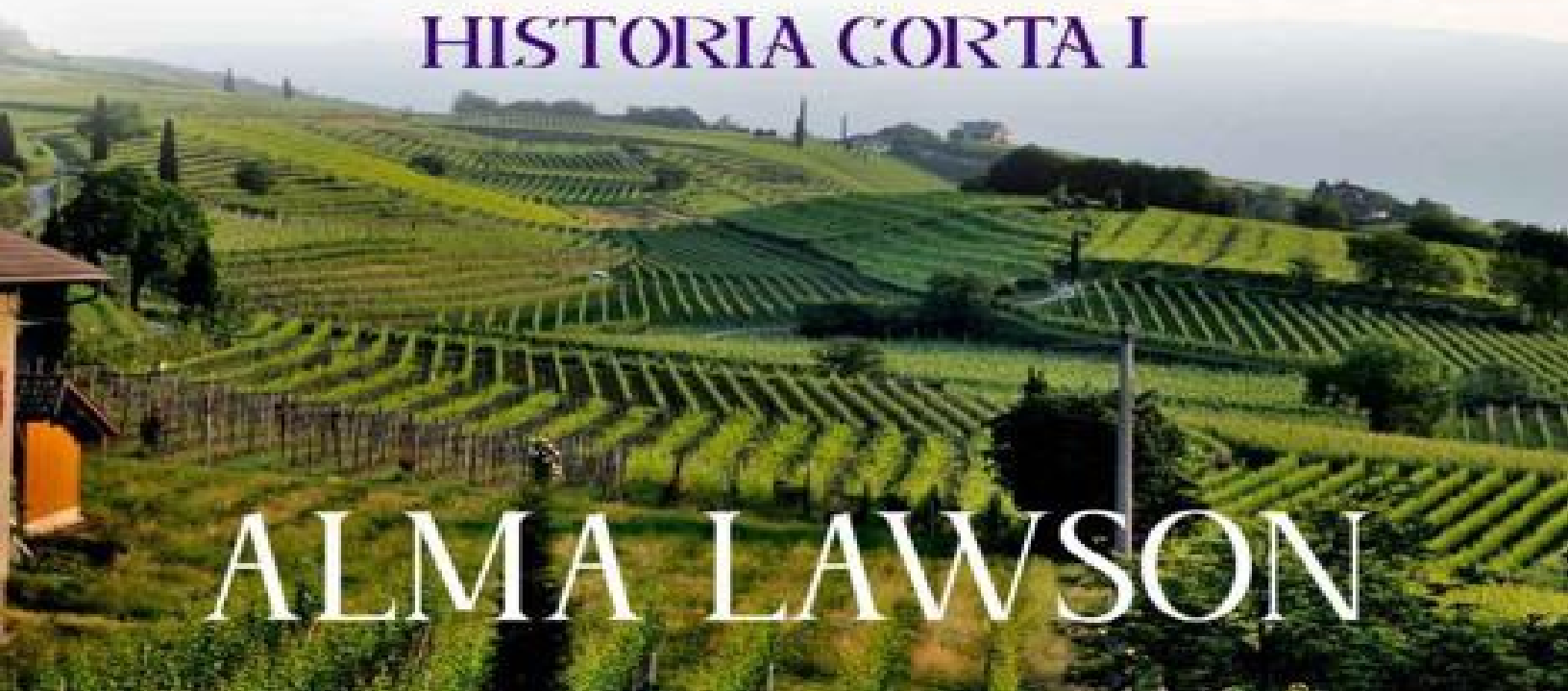


Un Amor
INMARCESIBLE

HISTORIA CORTA I



ALMA LAWSON

SINOPSIS

Carlo De Luca se había enamorado perdidamente de una preciosa joven que tuvo un trágico final. Él no podía olvidarla y el amor que sentía por ella lo había vuelto completamente loco; al punto, que todos en la región lo conocían como *«Carlo, el demente»*.

El recuerdo de Isabella no lo dejaba en paz y ese amor inmarcesible estaba a punto de matarlo. Su corazón, con aquella herida que parecía imposible de cerrar, estaba lleno de huellas que su amada había dibujado de un modo invisible sobre su piel.

Sin embargo, cuando parecía ser arrastrado por todos sus demonios a la más profunda oscuridad, un alma noble intentará salvarlo del infierno que él mismo había creado.

¿Podrá Carlo seguir con su vida?

O, ese amor inmarcesible ¿lo terminará matando?

DATOS ÚTILES

Las naciones de Italia y México establecieron por primera vez relaciones diplomáticas en 1874 tras la unificación de Italia.

A fines del siglo XIX, Italia experimentaba dificultades económicas y políticas. La pobreza, la falta de oportunidades económicas y las condiciones políticas inestables llevaron a muchos italianos a buscar una vida mejor en otros países, incluido México. En 1875, México abrió una legación diplomática en Roma. Los primeros inmigrantes italianos llegaron a México empezando en 1857 con más migrantes llegando en la década de 1880.

Entre las numerosas regiones de Italia, seis destacaron en este flujo migratorio hacia tierras mexicanas: Véneto, Lombardía, Trentino-Alto Adigio, Lacio, Toscana y Sicilia. Cada una de estas regiones contribuyó con su propia identidad, tradiciones y sabores, enriqueciendo la diversidad cultural de México.

Los inmigrantes vénetos, provenientes del noreste de Italia, trajeron consigo una sólida tradición agrícola y vitivinícola y su influencia se refleja en la rica producción de vinos y la introducción de técnicas agrícolas innovadoras en regiones como Coahuila y Nuevo León.

Fueron estos datos los que tomé como referencia para narrar una historia corta de esa época, situada en las regiones donde los italianos que llegaron a México en busca de un futuro mejor, asentaron sus costumbres y formaron un hogar.

La locación que escogí es la ciudad de Querétaro porque me encanta uno de los viñedos de ese lugar, aunque estoy al tanto que el primer viñedo de la zona se asentó entre quince y veinte años después de la fecha de inicio de mi historia.

En este relato corto, el protagonista es Carlo: un joven, hijo de italianos y heredero de la hacienda La Soñada, que se enamora en la fiesta de la vendimia de Isabella, hija de unos nuevos hacendados vecinos. Ambas familias se dedican al cultivo de vid y posterior producción de vino, y de un fugaz noviazgo, sus familias concretaron un compromiso que no solo establecería lazos familiares, sino también, económicos al unificar ambas fincas.

Sin embargo, la desgracia tocó a su puerta y Carlo experimenta el mayor dolor de un ser humano: perder al ser amado.

Toda la narración es pura ficción, fruto de mi imaginación y espero puedan disfrutarla y derramar un par de lágrimas como lo hice yo cuando la escribí.

Abrazos y cariños,

Alma

INTRODUCCIÓN

Querétaro, México

—¡Dalia, no corras tan rápido! —gritó Antonio, cabalgando tras su futura esposa.

—¡No seas aguafiestas, y trata de alcanzarme! —gritó por respuesta entre carcajadas, al tiempo que azuzaba a su caballo.

—¡Dalia! —volvió a gritar con un matiz de voz más grueso e imperante —. ¡Que te detengas, carajo!

Dalia se detuvo inmediatamente al oír la orden de su prometido, un tanto asustada y otro tanto tano molesta.

¡¿Pero quién diantres se creía para hablarle así?!

Furiosa, volteó su caballo para verlo. Con su pelo ondeando al viento, sus ojos brillaban de enfado bajo la luna llena que iluminaba todo el viñedo de la familia De Luca.

Antonio sabía perfectamente lo que le esperaba por haberle hablado de esa forma, ¡pero es que era la única manera de detenerla y que la historia no se repitiera!

Se acercó suspirando y armándose de paciencia para lidiar con el peculiar carácter de su encantadora prometida. Bajó del lomo de Tormenta, su semental azabache, y caminó despacio hasta la yegua baya de Dalia.

Al llegar junto a ella, como bien se imaginó Antonio, Dalia permaneció firme y altiva en su montura.

—¿Puedes bajar y darme la oportunidad de excusar mi lenguaje? —dijo antes de que Dalia no lo dejara hablar.

Sacudió su melena castaña hacia un lado, y con fiereza se lanzó del lomo del caballo.

Antonio, ya acostumbrado a los berrinches de Dalia, la atrapó sin esfuerzo por la cintura, colocando de manera segura sus pies en el suelo.

—Antonio De Luca: ¿me puedes explicar por qué me hablas así? ¡Ni siquiera nos hemos casado y ya me levantas la voz! No estamos en los años cincuenta para que quieras mandonearme de esa manera…

Antonio simplemente se cruzó de brazos, viendo divertido cómo sacudía la cabeza y su pelo largo ondeaba al son del viento.

Cuando notó que ella no pararía, solo se acercó, la estrechó con fuerza entre sus brazos y le propinó un profundo beso en los labios.

—No me agrada que me manden… —susurró Dalia sobre su boca, completamente rendida.

—Ni a mí que obedezcas, pero en este caso era necesario, mi flor salvaje —explicó, llevando tras su oreja un mechón de pelo.

—Ah, ¿sí? —murmuró —. ¿Me dirás por qué?

Antonio sacó despacio de uno de sus bolsillos una linterna, la encendió y tomó a Dalia por los hombros para voltearla hacia donde apuntaba con la luz.

—Por esto, amor…

De la boca de Dalia escapó un gemido de sorpresa y sus ojos pasearon por el terreno, desconcertados, buscando un punto donde la tierra se hiciera visible.

—Es un acantilado… —musitó apenas, completamente consternada.

—¿Ahora entiendes por qué tuve que hablarte de esa manera? Era la única forma de lograr que te detuvieras.

—O me detenía…

—O caías por ese precipicio con tu yegua, a pocos días de nuestra boda, tal y como sucedió hace mucho tiempo en este preciso lugar —alegó el heredero de los De Luca.

Dalia lo vio intrigada y con el cuerpo aun temblando por las maquinaciones de su cabeza con lo que pudo haber ocurrido si no se detenía, enrolló sus manos a su cuello.

—¿Qué ocurrió aquí, Antonio? —indagó con la voz quebrada.

—Una mujer cayó al precipicio junto con su caballo, un día antes de su boda. Las habladurías dicen que su alma sigue vagando por los viñedos, donde pasó los momentos más felices de su vida con su prometido, el dueño de este lugar…

Los ojos de Dalia se abrieron de par en par, comprendiendo que había mucho más que habladurías detrás de aquella historia.

—Eso quiere decir, ¿que fue la prometida de tu abuelo quien cayó por este acantilado? —

indagó, dándole otro vistazo al barranco sin fondo.

Antonio afirmó con la cabeza y Dalia comenzó a hundir sus dedos en su pelo, tal y como lo hacía las veces que le pediría algo.

Anticipándose al pedido de su bella pero obstinada novia, Antonio rodó los ojos ganándose una carcajada por parte de Dalia.

—¡Vamos, pídemelo! —habló él, una vez que la risa de Dalia cesó.

—Quiero que me narres esa historia, ¡por favor!

—No me dejarás en paz hasta que lo haga, ¿cierto? —replicó él y ella negó —. Bien. Entonces vayamos con la única persona que podría narrártela tal y como sucedieron los hechos.

—¿Don Carlo no se molestará? —preguntó con pena.

—No lo hará… si no lo interrumpes.

—Prometo no hacerlo.

—Entonces, vamos. Don Carlo de Luca aún debe estar despierto, soñando con aquel amor que al parecer, ni el tiempo ni la propia muerte logró marchitar.

Los enamorados regresaron a la casa grande, como le decían a la imponente mansión de estilo rústico en la que vivía el abuelo de Antonio De Luca.

La hacienda vinícola «La Soñada», consistía en interminables hectáreas con plantaciones de vid, traídas directamente de las costas del Vesubio.

Una casona de ladrillo rojo de dos plantas, cuya entrada principal de columnas de robles tallados con diseños artísticos, precedían al porche donde don Carlo De Luca se hallaba sentado en una mecedora, mirando el cielo estrellado mientras tarareaba una canción.

—Abuelo… —Se anunció Antonio, poniéndose de cuclillas frente al anciano que rondaba los ochenta y tantos años.

—Antonio… —replicó, suspirando—. Creí que estarías celebrando tu compromiso.

—Dalia y yo quisimos dar un paseo —respondió con una sonrisa pícara.

Su abuelo palmeó su espalda.

—¿No me digas que adelantaron la noche de bodas?

Antonio casi se atragantó con su propia saliva, estallando en carcajadas.

—¡Por supuesto que no! —intervino Dalia.

Don Carlo se volteó para verla con los ojos brillantes.

—Estás cada vez más hermosa, Dalia. Ven, acércate para poder contemplarte de una mejor manera —extendió su mano hacia la joven, y ésta la tomó con cariño—. Mis ojos casi ya no funcionan, pero es imposible no ver brillar a una joya como tú, pequeña. Me recuerdas tanto a alguien, tienes el ímpetu que ella tenía.

—Abuelo, precisamente venimos a que nos hables de ella. Dalia siente demasiada curiosidad por tu historia —dijo Antonio.

Don Carlo asintió con la cabeza.

—No me cansaría de recordar jamás los momentos que pasé con ella, pero creo que no querrán oír las historias de un viejo como yo.

—Por favor, abuelo… —murmuró Dalia, acariciando sus manos—. Me encantaría oír su historia. Prometo que no interrumpiré y escucharé con atención todo lo que diga.

Don Carlo suspiró y sonrió negando.

—Está bien, pequeña. Mejor siéntate porque la historia que te contaré, no será fácil de creer ni de comprender.

Dalia y Antonio tomaron asiento a un lado de Don Carlo, quien miraba el cielo luminoso con añoranza.

—Corría el año 1955 cuando conocí a la mujer más hermosa que había visto en mi vida.

»Mis padres habían comprado la hacienda La Soñada cuando llegaron desde Italia en busca de cumplir un sueño que no podrían en su país natal, por los destrozos que habían causado las dos consecutivas guerras mundiales.

La vendimia estaba en pleno apogeo, y tanto mis hermanos como yo, ayudábamos en todo lo que podíamos. Tenía veinte años y estaba al borde del colapso hormonal. Recordar aquellas épocas en las que nos escapábamos con los demás jóvenes de mi edad, para encontrarnos con alguna moza que estuviera dispuesta a darnos algunas clases en asuntos de piel a cambio de unos pesos, era la más divertida aventura.

Sin embargo, en la fiesta de la inauguración de la tradicional pisa de uvas, conocí a

Isabella: una preciosa mujer de ojos verde fuego que subió sin más al lagar, con sus pies descalzos, cabellera alborotada y vestido blanco, a danzar alegre y jovial sobre las uvas.

Cuando bajó de allí, mis amigos y yo estábamos enloquecidos por conocerla, pero la muy pícara nos retó a un duelo en el que el ganador sería el privilegiado para disfrutar de su compañía.

Grande fue nuestra sorpresa cuando ella simplemente se marchó al regresar nosotros de las plantaciones de donde debíamos de traer ante ella, el racimo más grande de vid. Sin embargo, no me había cansado y la busqué sin cesar durante una semana en la que casi me volví loco.

Estaba tan ciego, que ni siquiera me di cuenta de que ella vivía en la hacienda que lindaba con la nuestra, y que sus padres eran los nuevos propietarios.

—¿La hacienda de mis abuelos? —preguntó Dalia.

Él asintió.

—Isabella era la hermana mayor de tu abuelo, Dalia; Margarita Isabella Conte. Pero solamente yo la llamaba de aquella manera: Isabella o Bella. Además, luego de aquella tragedia, sus padres prohibieron a todo el mundo mencionarla.

—Creí que mi tía Margarita murió de la peste de aquella época. Es lo que han dicho siempre en la familia…

Don Carlo afirmó.

—Es lo que se ha dicho siempre.

—¿Puede decirme qué ocurrió en realidad?

Don Carlo De Luca afirmó, y sus ojos se fijaron al cielo, cerrándose al tiempo que una sonrisa se iba formando en sus arrugados labios rectos.

I

Un amor y una desgracia

1955…

Oír su risa era la melodía más cálida para sus oídos.

En el viñedo se podía vislumbrar, bajo los primeros rayos del sol, a una mujer de cabellera negra que ondeaba al son del viento, mientras corría por entre las matas de vid emitiendo risas y volteando la cabeza de vez en vez para ver si su amado la alcanzaba.

De momento a otro, el joven hombre que iba persiguiendo a aquella hermosa mujer, le dio alcance y ambos cayeron al suelo entre risas y respiraciones agitadas. Ella había quedado debajo del cuerpo robusto de aquel muchacho que la miraba con amor y evidente deseo.

Sus dedos se enlazaron y el llevó sus manos sobre la cabeza de ella, en señal de que era dueño de sus movimientos.

Ella reía, no se cansaba de hacerlo, y a él le causaba ternura la situación. Sin embargo, sentir aquel delgado cuerpo de proporciones justas debajo del suyo, le había causado un fuerte tirón en su virilidad. La bella mujer amagó con zafarse de él, pero éste, ávido por tenerla de aquella manera en una cama, quiso deleitarse con el momento un poco más.

—Bésame, Carlo —emitió de pronto, viéndolo con un brillo diferente que hasta ese momento no había vislumbrado Carlo en ella.

—Si lo hago, no podré detenerme, Isabella… —replicó, conteniendo la respiración ante la insinuación de la mujer que despertaba sus instintos más bajos.

—No quiero que te detengas, *amore*… —replicó Isabella, relamiéndose los labios y haciendo tambalear a Carlo de su postura de hacerla suya en la noche de bodas.

—Isabella, aun no estamos casados —habló con esfuerzo a un centímetro de su boca.

Si existía algo que Carlo más deseaba en el mundo, era enseñarle los placeres de la vida a su amada prometida.

—¡Y eso qué, Carlo! La boda es mañana. ¿Cuál sería la diferencia? —insistió Isabella.

—No me estás ayudando para nada, mi preciosa *Bella*.

—Entonces, bésame de una vez y deja de seguir poniendo excusas. ¿O no me quieres lo suficiente?

Carlo rio, negando por aquella absurda pregunta y soltó sus manos para acariciar la prominente boca de Isabella.

—¿Estás segura, Isabella? —cuestionó para que su bella prometida entrara en razón antes de que fuera demasiado tarde—. Este no es precisamente el lugar más adecuado para enseñarte lo que anhelas aprender… —explicó sugerente, mientras apartaba un mechón de su pelo y su boca caía con delicadeza sobre los labios de Isabella.

—Es el sitio perfecto, Carlo —replicó, sin darse por vencida.

Carlo, rendido por la situación y el sediento deseo que tenía hacia ella, se puso de pie ayudándola a hacer lo mismo.

—¿Me estás rechazando? —Los ojos verdes de la muchacha lo vieron con vergüenza.

—Lo que menos haría en mi vida, en esta y en todas las que tuviera, sería rechazarte. —Las manos de Carlo se abrazaron a su cintura, sobre la tela ligera del vestido blanco que llevaba puesto—. Solo iremos a un lugar un poco más discreto.

El rostro de Isabella se iluminó y Carlo tomó una de sus manos, apremiándola a que corriera tras él, sin siquiera sopesar en nada ni nadie que los rodeaba. Llegaron hasta un sauce que se encontraba al terminar las plantaciones del viñedo, cerca de un arroyo donde al medido día descansaban los recolectores.

Carlo apresó el cuerpo de Isabella, presionando su espalda contra el tronco del árbol viejo, cuyas mechas caían alrededor, logrando ocultar sus cuerpos en su interior. Su pecho subía y bajaba por el deseo que lo estaba consumiendo, mientras Isabella, sin embargo, sonreía completamente ignorante de lo que estaba a punto de suceder, y elevó sus manos para recorrer el rostro de su amado Carlo.

Sus dedos se deslizaron sobre los surcos de su cara, recorriendo las líneas de expresión de su prometido. Su frente, sus párpados y nariz, cayendo con suavidad sobre la boca recta. Por instinto, acarició aquellos labios que le habían enseñado a besar y Carlo entreabrió su boca para darle paso al suave tacto de su amada.

Apartó con lentitud la mano de Isabella, y asaltó con violencia aquella boca que lo enloquecía desde el primer día que la probó.

Ella enroscó sus manos a su cuello, y él deslizó su tacto con fuerza desde su cintura, hasta sus glúteos y piernas, al tiempo que con maestría tiraba de la tela del vestido, subiéndolo hasta los muslos de la muchacha. Sus manos se adentraron bajo la tela, sintiendo por primera vez la carne firme de Isabella de aquella forma.

Sus palmas descubrieron la piel suave, la carne tersa y caliente de la mujer, mientras sentía que su virilidad no toleraría demasiado tiempo sin estar dentro de ella. La imaginaba tibia, estrecha y húmeda, y eso solo encendía aún más a su cuerpo.

En ese momento, todo desapareció a su alrededor y ambos fueron conscientes de la piel del otro como nunca antes lo habían hecho. Ella introdujo, torpe y titubeante, sus pequeñas palmas bajo la camisa entreabierta de Carlo, recorriendo su torso firme con vellos suaves, sintiendo los ecos de su acelerado corazón.

Por instinto, fue desabotonando uno a uno esos minúsculos círculos que unían la prenda de su amado, impidiendo que lo viera como tanto había anhelado. Él, separó su boca de la suya, admirando el rostro de ella que estaba con las mejillas sonrosadas, los labios hinchados y entreabiertos, y los ojos oscuros. Posó su frente sobre la suya y sus dedos subieron hasta el cordón del vestido, desanudándolo en la cúspide de sus senos y aflojando la prenda para que cayera de lleno a los pies de Isabella. Sus ojos se iluminaron al verla de aquella manera tan íntima, que apresuró la labor de la muchacha y se deshizo él mismo, rápidamente, de sus prendas.

Lentamente, sus manos fueron deslizando por sus hombros aquella especie de camisola que tenía como ropa interior su amada. Liberó expectante, como un niño pequeño en espera de abrir un regalo ansiado, aquellos senos de justas proporciones que resultaron ser tal como lo había intuido en sus más gloriosos y húmedos sueños.

Sus palmas anidaron con temblor aquellos pezones, logrando arrancar un quejido de la boca de Isabella, quien había ladeado el rostro, entreabierto la boca y cerrado los ojos. Su pecho subía y bajaba, haciendo que su respiración se volviera errática a sus sentidos.

Despacio, la fue recostando sobre el verde pasto, aflojando sus pantalones al paso, para rodar sobre ella y al fin, fundirse y hacerse uno solo.

La vio desnuda y sintió que sería lo único que recordaría durante toda su existencia porque no había visto nada igual en su vida. Desprovistos de prendas, la boca de Carlo cayó sobre el cuerpo de Isabella, trazando caminos sobre su tibia piel; caminos que los llevaron a ambos por el sendero de lo desconocido, porque jamás habían experimentado un sentimiento parecido al que

descubrieron en aquel momento.

Carlo la hizo suya con absoluta delicadeza, e Isabella comprendió que su vida estaría ligada por la eternidad al hombre que tenía sobre su cuerpo, danzando en un suave y dulce vaivén que la llevaba a la locura.

Cuando el placer hizo sucumbir sus cuerpos, ambos permanecieron unidos estrechamente, intentando recuperar el aliento y la cordura que perdieron en el desenfreno del amor.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él, acariciando sus labios hinchados.

Ella sonrió.

—¡Cómo si una carreta hubiera pasado sobre mí!

Ambos rieron.

—Debemos irnos…

—Lo sé, pero no quiero separarme de ti.

—A partir de mañana, mi dulce Bella, me tendrás como una garrapata, prendido a ti, y te habrás arrepentido de haber deseado eso.

—Espero que eso suceda… —acunó su mejilla y suspiró.

—¿Tienes dudas?

—De ti y de mí, en absoluto. Del destino… tal vez.

—Nuestros caminos lo escribimos nosotros; nadie más. —Le aseguró Carlo.

Isabella asintió y ambos se ayudaron mutuamente a incorporarse y colocarse entre risas y besos sus prendas.

Cuando Carlo la dejó cerca de su casa para que siguiera sola y nadie sospechara que se habían visto, ella prácticamente suplicó las siguientes palabras a su oído:

—Carlo mío, por favor, hazme sentir de nuevo lo que hace momentos me enseñaste, ésta noche. Te veo a las diez, luego de que las luces sean apagadas, en el inicio de la plantación de la hacienda de tus padres. —Besó su boca fugazmente, y antes de que él protestara ni dijera que si o que no, ella simplemente corrió como el viendo hacia la puerta trasera de la casona de sus padres.

Confundido, Carlo simplemente sonrió, negando, y siguió su camino rumbo a casa, envuelto en una nube de dulce algodón, evocando cada tramo del cuerpo de Isabella que al fin

había sido suyo por primera vez y para siempre.

***

La noche había caído, y como bien le había pedido su amada, Carlo la esperó en el lugar indicado a las diez en punto a lomo de su caballo, quien se encontraba inusualmente inquieto.

Cuando vio a lo lejos una pequeña luz que se acercaba a gran velocidad hacia él, su corazón de aceleró porque sintió la presencia de su alma gemela. De inmediato, espoleó a su caballo y fue a su encuentro.

Nuevamente, a la luz de la luna y con las estrellas de testigo, ambos recorrieron sus cuerpos mutuamente, fundiéndose en los placeres de sus carnes y corazones, creando un vínculo entre sus almas que jamás iba a romperse. Tanto él como ella, supieron que indefectiblemente no podrían seguir su vida sin oír el pálpito del corazón del otro.

—Te amaré en esta vida, en la otra y todas las que tuviera. Y si no existe la reencarnación, te amaré en la eternidad del paraíso o del mismísimo infierno, Carlo —confesó Isabella, haciendo que a Carlo le brillaran los ojos de la emoción.

—Y yo te prometo, que el día en que la vida decida separar nuestros cuerpos, te buscaré en mis sueños, ya sea en vida o desde mi tumba, hasta que volvamos a encontrarnos. Te perseguiré por siempre, no te dejaré en paz jamás porque eres mía y porque soy tuyo, por siempre.

Luego de aquello, disfrutaron del silencio de la noche, perdidos en la intimidad del otro.

—Es hora de irnos, mi Bella.

—¿Por qué siempre debemos despertar de los sueños más hermosos? —preguntó, suspirando.

—Este sueño, como bien dices, será eterno a partir de mañana, cuando me digas *«Sí, quiero»* en la iglesia del pueblo.

Ambos se fundieron en un profundo abrazo y nuevamente, luego de aquello, él la ayudó a vestirse con lentitud entre risas y besos.

—¡Te reto a una carrera! —desafió una vez que Carlo la ayudó a subirse al lomo de su yegua, espoleando su montura que se echó a correr como alma que lleva al diablo.

—¡Eres una tramposa! —replicó él, subiendo con prisa sobre el caballo alazán y azuzándolo para alcanzarla.

De pronto, se dio cuenta de que ella iba demasiado rápido y que su rumbo era hacia aquel lugar donde nadie osaba ir en las noches.

—¡Isabella! —gritó desesperado varias veces—. ¡Isabella!

Ella se detuvo por unos segundos, volteando su caballo y viéndolo con una sonrisa enorme y sincera.

Carlo pudo divisar aquello gracias al cielo limpio y la luna llena que alumbraba el lugar.

—¡Isabella, no sigas, detente! —siguió gritando, mientras incitaba y hostigaba al animal con sus talones para que fuera más rápido y pudiera evitar una desgracia.

Ella simplemente negó con la cabeza, y de manera lejana él pudo oír el último te amo de los labios de Isabella, quien, sin siquiera imaginar la desesperación de Carlo, volteó a su caballo y lo hincó en la ingle con los talones para que siguiera galopando.

El animal, intuyendo el peligro que se avecinaba, se paró en dos patas, relinchó un par de veces y siguió corriendo por la insistencia de su ama.

—¡Isabella, nooo! —gritó Carlo, completamente embargado por la impotencia, mientras veía cómo, tanto la yegua e Isabella, caían por un precipicio.

—¡Carlooo!

Oyó los últimos gritos de Isabella, mientras se tiraba del caballo e iba hasta el borde del acantilado, viendo como su amada se estampaba de lleno contra el suelo.

—¡Isabella! ¡Nooo! —cayó de rodillas sobre la tierra, con lágrimas en el rostro, sintiéndose culpable por la desgracia que acababa de presenciar.

Corrió como un poseso, bordeando el lugar para llegar hasta donde ella había caído. Su corazón se negaba a aceptar la idea de que no sobreviviera, aunque la razón le gritaba que era imposible seguir respirando después de semejante caída.

Cuando llegó hasta ella, se lanzó a su lado, tomándola entre sus brazos, mientras notaba que hilos de sangre salían de su oído, nariz y boca.

El empañado rostro de Carlo negaba vehemente ante aquello y su corazón no quería convencerse de que su alma gemela simplemente, se había ido.

Su cuerpo, convulso por el llanto, abrazó con fuerza a su amada, manteniéndose así hasta que los rayos del sol iluminaron la tierra y los gritos de unos trabajadores se hicieron eco por el

lugar.

Sin embargo, Carlo no la soltó, no se separó de su amada en ningún momento. Ni siquiera cuando los padres de ambos, horrorizados ante aquella escena, se dispusieron a trasladarlos a la casa de Isabella, en donde en vez de una boda, se celebraría un funeral.

II

Imposible de aceptar

Sus hermanos y amigos, lo habían apartado del cuerpo inerte a duras penas. Los músculos de Carlo parecían haberse endurecido alrededor de ella y fue una misión complicada aflojar los brazos de él.

Sin que él emitiera una sola palabra, lo arrastraron hasta La Soñada para dejar que la familia Conte se ocupara de preparar el cuerpo de la joven cuya luz se había apago precipitadamente.

Lo habían despojado de sus prendas y metido a una tina de hierro con agua tibia, sin que siquiera él pestañeara. Parecía un fantasma, con los ojos abiertos de los que solo se desprendían lágrimas.

Rendido por el sedante casero que le dieron de beber, había dormido un par de horas hasta que, sorprendiendo incluso a uno de sus amigos que velaba sus sueños, se puso de pie corriendo hacia la salida de la casa y en dirección a la hacienda vecina.

Lo habían perseguido, habían gritado su nombre, pero Carlo solo corría como si sus pies tuvieran alas.

Al llegar a la entrada principal de la casona blanca, donde incontadas veces visitó a Isabella, sus ojos se empañaron y cayó de rodillas, completamente rendido ante la realidad.

No había sido un sueño, ¡no había sido una maldita pesadilla!

Todo había pasado…

Ella… ella lo había dejado.

Sus amigos y hermanos observaron con dolor al hombre atormentado que parecía debatirse entre seguir respirando o quitarse la vida en ese preciso momento, en ese mismo lugar.

Lo ayudaron a ponerse de pie, y entre todos lo acercaron hasta la casa de los padres de Isabella que, cuando lo vieron, simplemente rompieron en llanto, abrazándose a él y no reprochando nada como imaginó Carlo que lo harían.

—La están preparando para el funeral… —avisó su madre, con la voz entrecortada.

—Puedes pasar a verla y… despedirte —acotó el padre de Isabella.

Carlo siguió hasta la habitación de ella, encontrándola tendida sobre la cama y cubierta con una manta blanca.

Se acercó temblando, sentándose al borde del lecho, admirando su rostro apacible y su cabellera negra como la noche, extendida sobre la almohada. Parecía dormida, parecía que solo había viajado al mundo de los sueños.

—Despierta, mi Bella. Despierta de una vez… —susurró sin pensarlo, con la esperanza de que sus párpados se abrieran y esos refulgentes ojos verdes lo vieran vivaces como siempre lo habían hecho.

—Está muerta, muchacho… —Una mujer mayor habló de pronto, y Carlo cerró sus ojos, intentando no gritar por tanto dolor—. Ayúdame a vestirla. —Se acercó despacio, con un hermoso vestido blanco largo de encajes—. Este es el vestido que ella usaría hoy para ser tu esposa, pero dada las circunstancias, lo usará para su funeral.

El muchacho tomó aquella tela, abrazándose a ella y llorando sin consuelo.

—¿Por qué ella? ¿Por qué no fui yo? —Se preguntó, a lo que la anciana abuela de su difunta prometida, respondió:

—Estaba trazado en su destino, muchacho. No es culpa de nadie…

Carlo, a duras penas terminó de vestirla y prepararla para el funeral.

El pecho se le estaba por reventar de tanto dolor y se sentía un miserable por seguir respirando, cuando su amada y dulce Isabella se había ido por no haber impedido que siguiera un camino que no debía.

Cuando la sepultaron, Carlo perdió la conciencia, pero, cuando se recuperó, no se dejó convencer de no permanecer durante toda la ceremonia al pie de su tumba.

Las personas se iban retirando del cementerio, mientras él seguía de pie, llorando y tirando flores sobre el ataúd, al tiempo que la tierra ocultaba despacio los rastros de la madera.

Estaba por anochecer y habían pasado cinco horas desde su sepultura. Sin embargo, Carlo parecía no tener intención de moverse de allí. Sin más, nuevamente sus hermanos tuvieron que sacarlo a rastras del cementerio.

III

Recuerdos tomentosos

Los días pasaban con sus noches, semanas y meses, y no existía un solo momento en que Carlo no oyera la desesperada voz de Isabella, gritando su nombre mientras caía por el barranco.

Sus noches se habían vuelto pura pesadilla, y en más de una ocasión había amanecido al borde del acantilado en donde ella había perecido.

Seis meses después, aun ardido y sintiéndose culpable, había bebido hasta no ser dueño de sus propios impulsos. Con la botella en una mano y unas rosas en la otra, caminó en medio de la noche hasta la tumba de su amada Bella.

—¿Por qué tuviste que irte? ¡¿Por qué, maldita sea, tuviste que dejarme?! Yo… yo no estaba listo, Isabella… —cayó de rodillas —. Yo no estaba listo para asumir tu partida… aun no lo estoy, amor mío. ¿Por qué me dejaste? ¿Por qué fuiste tan egoísta para partir sin mí? ¡Dime de una jodida vez, Isabella! Tú juraste permanecer a mi lado por siempre y me has dejado solo, sumido en la locura por tu muerte. ¿Qué clase de amor es ese? ¡Dime! ¡Qué clase de amor es ese!

Las lágrimas lo asaltaron sin tregua, y hundió su rostro entre sus manos, buscando respuesta a tantas preguntas.

Después de un par de horas, ya agotado y sin lágrimas que derramar, se puso de pie dispuesto a partir del cementerio, cuando de pronto oyó un murmullo, seguido de tres golpes secos.

«¡Carlo, Carlo, ayúdame, Carlo!»

Él, sacudió la cabeza y se frotó los ojos para ver bien.

Se acercó hasta la tumba de la mujer, prestando atención sin oír absolutamente nada.

Miró la botella y negando, la lanzó contra el suelo, haciéndola trizas

—Estoy alucinando, debo parar. Emborracharme no me la devolverá; solo me hará enloquecer… —musitó para sí mismo, volteándose dispuesto a marchar nuevamente.

«¡Carlo, Carlo sácame de aquí, Carlo!»

Carlo, completamente seguro de lo que había oído esta vez, cayó de lleno sobre la tumba, cavando con sus uñas incesantemente.

—Isabella, ¿puedes oírme? —preguntó sin obtener respuesta—. Te sacaré de allí, amore. Te sacaré de allí —siguió cavando, hasta que las uñas se le ensangrentaron por las astillas de la tierra.

De pronto, oyó los ladridos de un perro, y aunque se detuvo por un instante, prosiguió inmediatamente, restándole importancia a quien sea se acercaba.

—¡¿Qué estás haciendo, muchacho?! —preguntó un anciano con la voz agitada.

—La voy a sacar de aquí, la tengo que sacar. Ella está viva, ¡está viva y me pide ayuda! —respondió sin dejar de cavar.

—¿Cómo es posible? Esa tumba se encuentra allí desde hace seis meses, y es absurdo que alguien estuviera vivo dentro de su ataúd —dijo con asombro. Carlo, despacio, fue deteniendo sus manos y vio al anciano que lo miraba con pena—. A veces, es imposible aceptar la partida del ser amado, pero es un ciclo que nos tocará cumplir a todos. Tal vez, el ciclo de —miró la lápida— Isabella, ya se cumplió, y estoy seguro que a ella no le gustaría verte de esta manera, sin que tu estés cumpliendo tu propio ciclo para reunirte con ella en la eternidad, cuando tu misión aquí en la tierra haya terminado.

Carlo se miró las manos, completamente horrorizado, y luego vio la tumba a medio cavar. Era como si hubiera estado en trance y no se había dado cuenta de lo que estaba haciendo.

—Ve a tu casa, muchacho. Ve y vive lo que debas vivir, hasta que tu misión aquí en la tierra la hayas cumplido. Entonces, y solo entonces, tu alma sin que siquiera tú lo pidas, volará al encuentro de tu amada Isabella.

El anciano ayudó a Carlo a ponerse de pie y lo apremió a que saliera del cementerio.

Carlo vagó durante toda la madrugada con lágrimas empañando sus ojos, entre las matas de vid, hasta llegar nuevamente al borde de aquel barranco.

Al día siguiente, los trabajadores que ya estaban habituados en verlo por allí en un estado deplorable, lo acercaron hasta la casa grande donde lo mantuvieron encerrado para hacer que entrara en razón.

Sin embargo, su alma seguía siendo atormentada en sueños por aquella bella voz y ojos verde fuego que lo llamaban sin cesar para unirse a ella.

***

El año se había consumido como una estrella fugaz. Las malas lenguas comenzaban a decir que

Carlo De Luca, había perdido la razón y que vivía encerrado, maniatado para no cometer un pecado.

Las lunas seguían pasando, pero el infinito amor que él sentía no moría, no se marchitaba y latía en su pecho más vivo que nunca.

En una ocasión ya no toleró aquel desgarrador sentimiento de vacío que se había adueñado por completo de él, y decidido a acabar con su suplicio, corrió hasta el barranco.

El día estaba gris, tal y como su alma se sentía por dentro.

Aspiró una bocanada de aire y el olor a humedad inundó sus pulmones. Cerró sus ojos, y extendió los brazos de par en par, sintiéndose por primera vez en mucho tiempo, otra vez con ella.

El viento le daba de lleno en el rostro y sonrió; Carlo sonrió después de un año de lágrimas.

Ella lo llamaba y él no la dejaría esperando. Ya estaba listo, ya no había más nada que lo atara a aquel lugar. Poco a poco se acercó a la orilla, dispuesto a liberar a su alma de su cuerpo.

—Ya voy a ti, mi amada… —susurró, al tiempo que se acercaba más y más al borde del precipicio—. Al fin estaremos juntos de nuevo.

Cuando su cuerpo estaba a punto de caer, Carlo sintió un fuerte impacto que lo hizo desplomar de espaldas al suelo.

Completamente aturdido, miró todo el lugar a su alrededor, como si apenas se percatara de que estaba nuevamente allí, una vez más, intentando dejar de vivir. Se puso de pie y buscó al responsable de que no hubiera acabado con su miserable existencia de una vez por todas.

—¡¿Acaso estás loco?! ¡Podrías haberte matado! —Le gritó una voz de mujer.

Al enfocar sus ojos en el lugar de donde provenían aquellas palabras, Carlo abrió los ojos de par en par.

Se trataba de una joven con cabellos rojizos y rizados que se alborotaban al son del viento. Se veía molesta, furiosa y confundida al mismo tiempo.

—¡Pues eso mismo era mi propósito! ¡¿Quién te has creído para entrometerte en asuntos ajenos?! —retrucó él, dejando completamente en jaque a la muchacha—. ¿Acaso no sabes que soy Carlo, el demente que busca matarse para unirse a su amada en el más allá?

—Estás loco, realmente… —susurró la mujer, cabreada—. Pues no me des las gracias y sigue con lo que estabas haciendo. No tienes idea de cuantas personas desearían tener la oportunidad de vivir, y tú, que te miras sano y fuerte, piensas desperdiciar tu vida por algo que de seguro tiene solución. —Se volteó para marcharse.

Carlo bajó los hombros, avergonzado.

Regresó aturdido a su casa y trató de entrar en razón, mientras en su cabeza retumbaban las palabras de la joven temeraria que lo había reprendido como nadie en su vida.

No había sido fácil. Pasaron un par de años, muchos lugares nuevos, libros y noches en vela intentando apaciguar su dolor para volver a ser él. Lo había conseguido a duras penas y aquella pelirroja fue su salvación. Sin embargo, en su pecho vivía intacto aquella llama que siempre sería su amor por Isabella.

IV

Actualidad…

—¿Qué ocurrió con la joven que le salvó la vida? —preguntó Dalia, con los ojos empañados en lágrimas.

—Al parecer, el destino sí existe, Dalia, y esa joven se convirtió en mi esposa unos años después.

—Entonces, ¿pudo olvidar a Isabella?

—Para nada. —Negó con la cabeza—. Amé a mi esposa, la quise y fui muy feliz a su lado, pero mi amor por Isabella es algo completamente distinto: es un sentimiento que no morirá jamás, que simplemente sobrevivirá a cualquier otra mujer, al paso de los años, a la vejez y la muerte misma. Aún la amo, como el primer día que la conocí.

—Es muy romántico.

—Y doloroso —acotó Don Carlo—. Cuando se ama de esa manera, uno puede perder los sentidos y la cordura en un pestañeo. El amor a veces duele más de lo que imaginamos.

—Al menos, pudo ser feliz…

—Tal vez no como lo había imaginado, pero sí que lo fui. Ahora, ayúdenme a ir a la cama que quiero estar lúcido para cuando Antonio y tú den el *«Sí»* en el altar, como lo hubiera deseado hacer yo al lado de mi amada Isabella.

Antonio y Dalia ayudaron a su abuelo a ir a la cama, lo arroparon y luego, a pesar de que lo tenían prohibido, fueron a la alcoba del joven para dormir abrazados y disfrutar del sentimiento que los unía.

***

Unos días después, entre uno que otro detalle, se celebró la peculiar boda de Dalia Conte y Antonio De Luca en la hacienda La Soñada, pero esos detalles me los guardaré porque es parte de otra historia.

La cuestión es que Don Carlo disfrutó a placer de la unión de los jóvenes y sintió en su propia piel aquel amor innegable que ambos se profesaban mutuamente.

—Creo que mi misión aquí, ha terminado mi amada Isabella… —susurró, acomodándose

en su reposera luego de haber disfrutado de la maravillosa y escandalosa fiesta de los novios—. Es hora de unirnos en el infinito y cumplir, después de tantos años, la promesa mutua que nos hicimos.

Cerró sus ojos despacio, y con una sonrisa en su recta boca, el último suspiro se desprendió de él, al igual que su alma, quien salió en busca de la mujer que tanto había amado y añorado durante toda su existencia, haciendo que ese amor inmarcesible se hiciera inmortal en la eternidad.

